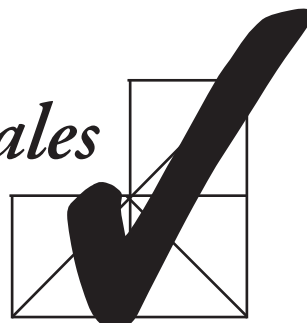
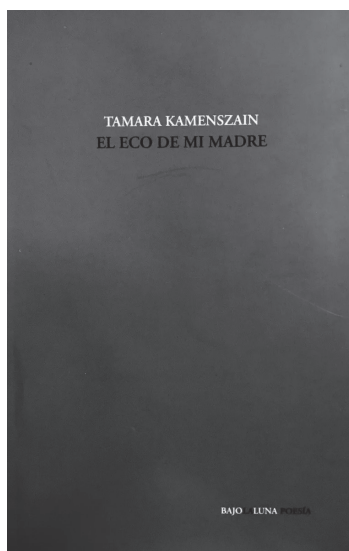


Lecturas y señales



El eco de mi madre

Daniel Matusevich



El eco de mi madre
Tamara Kamenszain
Bajo la luna, 2010



La novela de la poesía
Tamara Kamenszain
Adriana Hidalgo editora, 2012

Hace tres años, en esta misma sección de *Vertex* reseñamos el brevísimo *Desarticulaciones*, “...inclasificable texto de Silvia Molloy que nos abre las puertas a la posibilidad de echar una mirada diferente sobre la vida de aquellas personas que están perdiendo la memoria. La narradora visita casi diariamente a una amiga aquejada de Alzheimer e intenta, día tras día, establecer un

mapa acerca de cómo se va descomponiendo una mente sumergida en los océanos del olvido”.

En ese mismo comentario recomendábamos al lector no dejar pasar de largo el libro de poemas *El eco de mi madre* de Tamara Kamenszain, testimonio poético de una hija a una madre con demencia que se está muriendo.

El diálogo establecido entre ambas es un punto de referencia ineludible para nuestro rastreo bibliográfico, en palabras de la propia Molloy: "...nuestros libros fueron paralelos, en el sentido de que fueron escritos en la misma época y publicados el mismo año. Y, en efecto, hablamos con Tamara de lo que estábamos haciendo, o mejor, de lo que no podíamos dejar de hacer: las dos sentíamos el mismo desamparo ante la persona querida que se nos va y la misma urgencia de escritura. *El eco de mi madre* es un libro único, ya a partir del título mismo que recuerda precisamente el remanente, lo que queda de la persona que se está yendo, esa voz que ya es eco, que se confunde con el silencio sin por ello dejar de decir: 'escucha lo que no dice'. La poesía de Tamara recupera el asombro y el vértigo ante lo que se está yendo como no lo logra otro texto".

Decidimos ocuparnos de esta obra, única hasta donde sabemos, pero que no basa sus méritos exclusivamente en lo excepcional, sino que ilumina con sensibilidad absoluta una forma muy particular de envejecer a través de los olvidos.

Kamenszain abraza el destino de la pérdida desde el mismo título, intenta adaptarse a situaciones que van cambiando día a día viviendo una vida sin respuestas ("Hay golpes en la vida tan fuertes / que me demoro en el verso de Vallejo / para dejar dicho de entrada / lo que sin duda el eco de mi madre / rematará entre puntos suspensivos: / yo no sé... yo no sé... yo no sé...").

Este texto se emparenta con un ensayo escrito por Jonnathan Franzen en su libro *Cómo estar solos*: el autor de *Libertad* busca imperiosamente la estela del padre diagnosticado como enfermo de Alzheimer y no deja de encontrarla en miles de señales que van quedando dispersas en la vida que el vivió (todo comienza con una carta que le llega al escritor informándole el resultado de la autopsia "del cerebro de mi padre"). También podemos relacionarlo con el primer cuento del volumen de cuentos de Jeffrey Eugenides *Quejas* en el cual una señora con Alzheimer es rescatada de un hospital como paso previo a ser institucionalizada por una amiga de la infancia emprendiendo una fuga estilo Thelma & Louise con desafío cognitivo. Por último, cómo no asociarlo al inolvidable *Batman y Robin tienen un problema*, que comentamos en estas mismas páginas, del maestro King.

Si bien la autora desconfía acerca de si la narración puede dar cuenta del sufrimiento ("No puedo narrar. / ¿Qué pretérito me serviría / si mi madre ya no me teje más? / Desmadrada entonces me detengo..."), a poco de leer los primeros poemas nuestra percepción de los olvi-

dos comienza a cambiar al ritmo de una precisión en las palabras y las descripciones que nos abisma ("Sentada al borde de su memoria / me archivo como puedo en ese olvido que la trabaja / entre nosotras las palabras se acortan / ella no habla yo dejo de decir lo que decía"). Los poemas van relatando cómo la relación se va reformulando, cómo van cambiando las coordenadas de los encuentros ("Avanza protegida por lo que no dice su amnesia / y me pierde a mí en otro idioma / nos encuentra sueltas nuestras maternidades adoptivas / soy ahora por ella la hija que crece sin remedio / para dejarla decrecer tranquila entre mis brazos") hasta la despedida final ("Del otro lado del dormitorio familiar / fijo como una roca al espacio inhóspito del desalojo / ahí, más allá de los retratos de abuelos / señalando esa almohada que ya nadie usa / pegado a las valijas que esperan de pie / ahí es donde crece el fantasma del asilo").

La neuropsiquiatría solo ofrece algoritmos y psicofármacos, sugiriendo que las personas dementes son verdaderos "muertos vivos", ya que han perdido su identidad en el camino de la enfermedad; así está planteado en varios libros clásicos que bordan el tema (Cohen, Eisdorfer, Debaggio). En repetidas ocasiones nos hemos opuesto de manera terminante a este enfoque a través de charlas, artículos y libros; por supuesto que el ser en el mundo de las personas con demencia cambia, como dudar, pero una cosa son los cambios y otra muy distinta es dejar de ser persona.

Existe un marco bibliográfico narrativo (King, Franzen, Roca, Molloy, Kamenszain, Eugenides) y clínico (Whitehouse, George, Sack, Schenk, Post, Hughes, Radenn, Kitwood) que nos permite significar de otra forma estos movimientos, como paso previo a acercarnos con una sensibilidad que esté a la altura de las circunstancias, guiados por la brújula antropológica para evitar desnortarnos olvidando los fundamentos de nuestra especialidad, alguna vez llamada por Arthur Kleinmann "la más humanista de las especialidades médicas". ■

*"A ver a ver a ver repetía antes de morirse
como si algo le tapara la visión de otro camino
ese que ella ya tenía delante de las narices
pero que la dirección de su cuerpo aún se negaba a tomar.
A ver a ver a ver siguió insistiendo hasta el cansancio
mientras los que rodeábamos su cama queríamos ver también
si es que realmente algo visible,
un ángel o cualquiera otra aparición,
metida de lleno en la asepsia de ese cuarto
podía darnos la clave médica de que algo estaba por pasar."*